

El movimiento ecofeminista y la economía solidaria

*Ariel Salleh**

RESUMEN

El movimiento feminista ecológico desafía la tradición masculinista al trasladar la lógica de las responsabilidades del trabajo reproductivo asignado socialmente a las mujeres al ámbito público de la ciudadanía. Por otra parte, las ecofeministas observan que las sociedades no-extractivas y no-industriales en las periferias del capitalismo global pueden funcionar de una manera regeneradora de los ecosistemas. Así, al norte y al sur del globo, las ecofeministas persiguen dos objetivos simultáneos: la construcción de economías locales solidarias, ecosuficientes y la deconstrucción del dominio político en todas sus formas.

PALABRAS CLAVE: movimiento ecofeminista, ecología política de género, economía de solidaridad, ecosuficiencia, deuda incorporada.

ABSTRACT

The eco-feminist movement challenges the masculinist tradition by moving the logic of the responsibilities, socially assigned to women on reproductive work, into the public sphere of citizenship. Furthermore, the ecofeminists have realized that non-extractive and non-industrial societies, in the suburbs of global capitalism, can operate in the regeneration of ecosystems. Thus, at north and south of the globe, ecofeminists pursue two simultaneous goals: to build local and solidary economies, ecologically self-sufficient, and the deconstruction of political domination in all its forms.

KEY WORDS: eco-feminist movement, gender politic ecology, solidary economy, ecologic self-sufficiency, aggregate debt.

* Investigadora de economía política en la Universidad de Sydney. Ex profesora asociada de Investigación Social en la Universidad de Sydney Occidental. Página electrónica [www.arielsalleh.net]. Traducción de Mariana Gumá Montalvo [marguma@yahoo.com].

Durante siglos, y a lo largo de los continentes, las mujeres han protegido su hábitat de vida con criterio y habilidad. Entonces, en los años que siguieron a la contracultura y a la nueva resistencia de izquierda a la guerra de Vietnam, las iniciativas populares de las mujeres en pro de la paz y la ecología llegaron de pronto a ser visibles. Los acontecimientos de las décadas de 1960 y 1970 se identifican a menudo como la fuente de los movimientos feminista y ecologista, aunque esta es una lectura excesivamente eurocéntrica de la historia, y la línea de causalidad no es tan simple. Por lo general, eran las amas de casa o las mujeres locales las que armaron las campañas sobre los tiraderos de desechos tóxicos o las pruebas nucleares. En zonas colonizadas o “en vías de desarrollo”, las granjeras protestaron por el impacto comunitario y medioambiental de los denominados proyectos de “ayuda”, tales como construcción de represas o la “revolución verde” de la agro industria. Estas políticas eran una extensión lógica del trabajo reproductivo asignado socialmente a las mujeres –responsabilidades tales como manutención generacional y suministro de la subsistencia. Sus acciones políticas pronto crecieron en un movimiento internacional conocido como feminismo ecológico o ecofeminismo. Esto, a su vez, dio lugar a un enfoque masculinista deconstructivo de la literatura en la política del gobierno y en disciplinas del conocimiento, que van desde la filosofía a la economía y a la ciencia (Salleh, 1997).

En la medida en que la generalidad del público ha llegado a entender cómo el capitalismo global está destruyendo los sistemas terrestres de soporte vital, de igual manera se están reajustando los discursos políticos y académicos. El estudio de la economía se convierte en economía ambiental o ecológica; el socialismo está dando un giro hacia el ecosocialismo; y la economía política se está convirtiendo en ecología política. Sin embargo, más allá de esto, como lo explica la literatura crítica del ecofeminismo, será necesaria una reconfiguración más profunda, puesto que la dominación y la explotación de las mujeres forman parte de la misma línea de abuso que aquella dirigida hacia la naturaleza como “fuente y sumidero”. Una división del trabajo profundamente genérica marca la economía internacional, y cualquier reorientación de la relación humana con la

naturaleza será imposible realizar sin una reorientación simultánea de las actitudes hombre-mujer.

La liberación de las mujeres y la de la naturaleza están interconectadas. Esta visión es básica para el movimiento ecofeminista, y es un tema ampliado por los activistas académicos que escriben en el compendio *Eco-Suficiencia y Justicia Global* (Salleh, 2009). En adelante, todos los autores son colaboradores de ese proyecto a menos que se les designe de otra manera.

Eco-Suficiencia y Justicia Global. Se enmarca como ecología política de género, “que triangula” las relaciones sociales construidas entre “los hombres”, “las mujeres”, y la “naturaleza” como una dinámica tripartita. Este mismo triángulo se refleja en la existencia de los discursos separados artificialmente para la economía, el feminismo y la ecología (Salleh, 2009). “La captura y la devaluación de la sexualidad y el trabajo femeninos fueron un momento originario en el establecimiento del sistema económico actual” y, como lo plantea Ewa Charkiewicz –una colaboradora–, la invención patriarcal del “ama de casa” en la antigua Atenas era una forma temprana de disciplinar a las mujeres en pro del “bienestar general”. En Roma, la fórmula era *patria potestas cura materna*. Mientras tanto, Silvia Federici sostiene que el control de la sexualidad y la capacidad reproductiva de las mujeres era esencial para el auge del mercantilismo europeo y el mantenimiento de sus colonias sudamericanas por las mujeres esclavas. Cinco siglos más tarde, 65% del producto interno bruto (PIB) global es aún generado por el trabajo, por lo general no pagado, del “sexo más justo” (Kennet, 2007). Mujeres jóvenes engañadas por la mística de “la feminidad” ofrecen los mejores años de sus vidas para producir y reproducir la mano de obra –gratis– para el capitalismo; su subordinación a los intereses masculinos se ha visto reforzada en muchos países por la falta de acceso al aborto legal. Curiosamente, mientras que el daño medioambiental resulta de una economía basada en la superproducción competitiva, a menudo se culpa a la capacidad de reproducción de las mujeres por ella –la bomba de la población como se le denomina. Sin embargo, el uso de la fuerza para asegurar los recursos naturales para la superpotencia mundial, convierte realmente al ejército de Estados Unidos en el mayor contribuyente de la degradación de la tierra, el aire, y el mar,

a través de la contaminación química y nuclear y de la emisión de los gases de efecto invernadero. Zohl de Ishtar precisa que en el Pacífico Norte las familias de las islas Marshall se están muriendo de cáncer a causa del polvillo radiactivo generado por las pruebas de armas nucleares de Estados Unidos. Las madres y las abuelas que cuidan a estas familias demuestran su ciudadanía ecológica por tal cuidado, así como por sus iniciativas políticas en la arena internacional de los derechos humanos. Si la apropiación de recursos naturales del Sur global crea “una deuda” ecológica, podría decirse igualmente que “en todo el mundo existe ‘una deuda’ implícita por los trabajos reproductivos de las mujeres que se han dado por sentados” (Salleh, 2009). En el Brasil, las mujeres que llevan el agua de los pozos en cubetas hasta sus hogares han sido las vigilantes tradicionales de las cuencas hidrológicas. Ahora, de acuerdo con Andrea Moraes y Ellie Perkins, autores que forman parte de la antología de *Eco-Suficiencia*, en Río de Janeiro un nuevo régimen federal está captando su conocimiento en los comités de deliberación sobre la administración del agua. Otras feministas ecológicas están trabajando como ciudadanas globales; Gigi Francisco de Filipinas, por ejemplo, cuestiona el fracaso de la “integración de géneros” en la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y organismos intergubernamentales. Peggy Antrobus, activista del Caribe, se centra en los Objetivos de Desarrollo del Milenio, que han fracasado minados como están por los valores masculinistas del fundamentalismo religioso, por una parte, y por el fundamentalismo económico neoliberal, por otra. En el mismo orden de cosas, Marilyn Waring ex política de Nueva Zelanda, expone la ceguera de género de los instrumentos desarrollados por los economistas ecológicos. Después de repasar el Índice de Bienestar Económico Sostenible (IBES), el Índice de Desarrollo Humano (IDH), y los Indicadores de Progreso Genuino (IPG), Waring pide la participación popular –especialmente de las mujeres y la gente local– con el fin de arraigar el pensamiento político en el mundo material (Salleh, 2009). Y de hecho, esto está sucediendo, como resulta evidente de la reunión internacional de las Mujeres Diferentes por la Diversidad en Berlín (Planeta Diversity, 2008) y del Manifiesto de las mujeres amazónicas que se reunieron recientemente en Perú (Mujeres Indígenas, 2009).

Los gobiernos y las ONG, generalmente dirigidos por los hombres, pasan por alto muy a menudo el contexto social más amplio de sus

decisiones económicas y ambientales. Un ejemplo es la disposición del protocolo de Kioto conocida como el Mecanismo de Desarrollo Limpio. Con el estímulo del gobierno canadiense y del Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF) la élite gobernante de Costa Rica ha liberado áreas de bosques tropicales para que sean utilizadas como vertederos para los carbones industriales del norte global. Sin embargo, en este proceso, los indígenas y los campesinos pierden los recursos para su sustento. Ana Isla observa que muchas familias rurales desplazadas no tienen más opción que trasladarse a las ciudades, con la consiguiente prostitución de mujeres y de niños, como primer y último recurso para los hambrientos y sin hogar. La red internacional, denominada Justicia Climática y Género, está intentando dar voz a las agrupaciones marginadas en los foros tales como el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático. Entre ellos, Meike Spitzner, socióloga del Instituto Wuppertal, ha investigado el carácter genérico del calentamiento del planeta. Su ensayo en la colección *Ecosuficiencia* observa que “la huella ecológica de las mujeres en términos de uso del transporte es mucho menor que la de los hombres; pero también, que las mujeres se prestan fácilmente a llevar a cabo ajustes en su forma de vida para ahorrar energía”. Inversamente, la respuesta masculina preferida frente a la crisis del clima es el aplazamiento. Los hombres, como individuos o en los gobiernos, tienden a preferir las reparaciones tecnológicas costosas, para soluciones no comprobadas, tipo “final del tubo” (*end of pipe*), como la secuestación,¹ o la opción de la energía atómica, que implica un riesgo elevado. Además, en la medida en que las mujeres intentan discutir datos sobre los patrones de consumo de la energía por género, corren el riesgo de verse ridiculizadas. De igual forma, las mujeres Ogoni de Nigeria que se oponen a la apropiación de sus tierras de labranza por la Big Oil, son reprimidas por la violencia estatal. En estas condiciones, como comentan Leigh Brownhill y Terisa Turner, la lucha de clases generizada, y etnicizada, es la única herramienta de la ciudadanía ecológica (Salleh, 2009).

El movimiento feminista ecológico es simultáneamente local y global en su enfoque. Por lo general, Verónica Bennholdt-Thomsen

¹ La “secuestación” es la palabra descriptiva para los intentos de atrapar el dióxido de carbono resultante de la combustión para ponerlo en un sitio seguro (N. de la T.).

y Maria Mies se basan en sus experiencias de vida en México y la India para afirmar la tesis de Rosa Luxemburgo (1968):

[...] la acumulación de capital presupone la explotación de cada vez más entornos “no-capitalistas” para la apropiación de más mano de obra, más materias primas y más mercados [Bennholdt-Thomsen y Mies, 1999:30].

Su análisis en la *perspectiva de la subsistencia* explica las colonias invisibles que forman la base material de la economía internacional –como naturaleza ecosistémica–, los campesinos y recolectores indígenas en el sur global; y mujeres (y algunos hombres) involucrados en el quehacer doméstico no-monetarizado en el norte global. En su análisis ecofeminista del dinero, Maria Mellor describe un sistema financiero mundial rigurosamente sexo-genérico y donde el desarrollo económico y la precariedad social son simplemente dos lados del impulso para generar un *surplus* empresarial (Salleh, 2009). De hecho, la estructura de la deuda global es tanto horizontal o ecológica como vertical o incorporada. “En una sociedad transparente, la magnitud de esta deuda material “real” iluminaría más la fijación del G8 con el colapso económico y los rescates financieros privados”. Pero incluso los esfuerzos de los ciudadanos que poseen conciencia ambiental para negociar un *Green New Deal* (Nuevo Acuerdo Verde) subestiman la profundidad de la transformación institucional necesaria para un futuro justo y sostenible. Las ecofeministas tales como Mies, Mellor, y otras prevén nada menos que una descentralización económica hacia una economía de la solidaridad, dirigida por el principio de la ecosuficiencia. La dirección es clara y cuenta con apoyo internacional: la comunidad manejó alternativas locales del tipo explorado en la encuesta global de Molly Scott Cato *Green Economics* (Economía Verde) (Scott Cato, 2009). En el norte global, estos pasos hacia la soberanía común y de los recursos coinciden con luchas democráticas en el sur global –de los granjeros campesinos para el acceso a la tierra y las demandas indígenas para una subsistencia y una cultura autónomas (ALOE, 2009; Vía Campesina, 2009).

Pero la mayoría de las corporaciones transnacionales, los gobiernos, las ONG y las universidades, tienen una inversión importante para mantener el sistema económico en gran parte tal y como están las cosas.

Así, mientras que muchos ciudadanos ecológicos están realizando ya el cambio, muchos otros son socialmente ambivalentes o están ideológicamente confusos. La ambivalencia y la confusión prospera en campos como los de la ética ambiental, la economía política, la economía ecológica, especialmente cuando los académicos se ven limitados por las exigencias de la consulta. Por otra parte, ninguno de estos marcos teóricos de “vanguardia” adopta sostenidamente una distancia de su herencia eurocéntrica, o emplea un análisis reflexivo de cómo sus conceptos perpetúan relaciones de poder sexo-genéricas. Por lo general, estos conocimientos profesionales siguen siendo esencialistas, incluyendo la experiencia de las mujeres en una naturaleza humana típica ideal (léase masculina). Asimismo, “la jerga del organismo de Naciones Unidas de ‘construcción de capacidades’ está codificada para convertir a los campesinos y a los pueblos indígenas en hombres blancos de clase media”. Y hay aún más trabajo adicional ecofeminista que llevar a cabo entre los movimientos sociales en el Foro Social Mundial, particularmente para ayudar a forjar un lenguaje común para las políticas de los “trabajadores”, las “mujeres”, los “indígenas” y ecológicas (Smith, 2008). Por si el informe de Tom Mertes del Foro Social Mundial (WSF) resulta indicativo, mientras que el marxismo proporciona un análisis sociológico críticamente importante del capital, “el énfasis en ‘la producción’ no aclara los procesos ‘reproductivos’ en las esferas doméstica, de subsistencia y ecológica” (Mertes, 2004).

La política del movimiento ecofeminista tiene dos facetas: *a*) la construcción de economías solidarias locales eco-suficientes; y *b*) la deconstrucción del arsenal ideológico del capital antes de que éste reabsorba estas alternativas nuevamente dentro de “el juego principal”. Felizmente, no todas las sociedades son impulsadas por la lógica lineal de la acumulación. En las periferias del capitalismo funcionan otros modelos económicos no-extractivos, no-industriales, y éstos se basan en la lógica de la reproducción. Por ejemplo, los campesinos, los recolectores y los trabajadores domésticos catalizan transferencias metabólicas en la naturaleza y en los cuerpos humanos como naturaleza. Esta clase metaindustrial traduce los principios aprendidos en la práctica en el mundo material –una epistemología vernácula– que reproduce los circuitos termodinámicos y que promueve sinergias entre los organismos

vivos (Salleh, 2009:24). Considerando que la fabricación industrial de productos destruye los flujos bióticos, este trabajo es regenerador. Su racionalidad única es una capacidad para proveer de una manera que se preserve “el valor metabólico” o la renovación del ecosistema. Antes de que el paisaje australiano fuera diezmado por el contacto europeo, sus pueblos indígenas tenían una forma de cubrir las necesidades humanas en reciprocidad con los ciclos naturales de reabastecimiento. A diferencia de la forma extractiva de producción, aquella economía era eco-suficiente, sin costos manifiestos en deuda ecológica o incorporada.

“Cuando un pueblo es capaz de proporcionar valores de uso tales como alimentación y cobijo en el hábitat de su comunidad, el trabajo metaindustrial constituye una economía autónoma”. Este modelo se encuentra hoy en muchas partes del mundo y protegerlo debería ser una prioridad para el movimiento ecológico. Ya que la visión de una porción idéntica del pastel patriarcal capitalista para todos no salvará a la tierra; tal como la integración de los marginados sociales en la esclavitud del salario representa una idea de emancipación empobrecida. Las ecofeministas contemplan una economía basada en valores no mercantiles y, con este fin, se necesita un modelo nuevo de “construcción de capacidades” para ayudar a apuntalar a la ONU, el Banco Mundial, el G8 y otros señores del norte global. Su estilo organizativo se ha fundamentado en un sistema de fracturas contraproducentes entre la economía y la ecología, la producción contra la reproducción, mente contra cuerpo, norte contra sur, mano de obra masculina contra femenina, humanidad contra naturaleza. Pero no hay nada universal acerca de este esquema *ad hoc* o del modo de pensar de “divide y gobierna” que lo utiliza. La alternativa se encuentra ya cercana: “un modelo para el eco-desahogo es, al mismo tiempo, un modelo para la justicia global”. Y las nuevas reglas son simples, como Vandana Shiva lo escribe en su libro *Democracia de la Tierra*:

Todos tenemos el deber de vivir de una forma que proteja los procesos ecológicos de la tierra [...] Ningún ser humano tiene el derecho de invadir el espacio ecológico de otras especies y otros pueblos [...] Los recursos vitales para el sustento deben permanecer como recursos colectivos [...] La Democracia de la Tierra conecta a las personas en círculos de cuidado, cooperación, y compasión en vez de dividir las a través de la competencia y el conflicto, el miedo y el odio [2008:9-11].

BIBLIOGRAFÍA

- ALOE (2009), "Solidarity Economy and the Commons meeting", *Graz*, julio [www.aloe.socioeco.org], fecha de consulta: 29 de julio de 2009.
- Bennholdt-Thomsen, Veronika y Mies, Maria (1999), *The Subsistence Perspective*, Zed Books, Londres.
- Kennet, Miriam (2007), "Progress in Green Economics", *International Journal of Green Economics*, vol. 1, núm. 3/4, pp. 225-249.
- Luxemburg, Rosa (1968), *The Accumulation of Capital*, Monthly Review Press, Nueva York.
- Mertes, Tom (ed.) (2004), *The Movement of Movements*, Verso, Londres.
- Muheres Indigenas (2009), "Manifiesto: First Continental Summit of Indigenous Women", *Lucha Indígena*, núm. 34.
- Planet Diversity (2008), "Manifiesto", 16 de mayo, Bonn [www.wloe.org], fecha de consulta: 3 de agosto de 2009.
- Salleh, Ariel (1997), *Ecofeminism as Politics: nature, Marx, and the postmodern*, Zed Books, Londres.
- (ed.) (2009), *Eco-Sufficiency & Global Justice*, Pluto Press, Londres/Nueva York.
- Scott Cato, Molly (2009), *Green Economics*, Earthscan, Londres.
- Shiva, Vandana (2006), *Earth Democracy*, Zed Books, Londres.
- Smith, Jackie et al. (eds.) (2008), *Global Democracy and the World Social Forums*, Paradigm, Boulder.
- Vía Campesina (2009), "Reclaim the Fields: European Camp to Cultivate Alternatives" [www.viacampesina.org], fecha de consulta: 3 de agosto de 2009.